

obispo de Barcelona, dividido en tres, en los que trata del origen de la muerte, estado de las almas despues de ella, y última resurreccion. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomeró ó Pomerio, presbítero de la Mauritania, que floreció 200 años antes; quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos*; notándose en el de nuestro Santo, que es una coleccion continua de pasajes de S. Agustin, S. Gregorio, y el citado Pomeró. En la Biblioteca de los Padres se halla un escrito de S. Julian bajo el título del origen de la muerte humana; del que hablando cierto crítico extranjero, se persuade que no puede hablarse del autor sin confesar, que para escribirlo se elevó sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espíritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, orden, ingenio, y mas que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos entre los talentos humanos.

Tambien compuso otro excelente tratado, con una epístola á el rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sexta edad del mundo, contra los Judios, dividido en tres libros: en el primero prueba con muchos testimonios del Testamento antiguo la venida de Cristo: en el segundo demuestra claramente que nació de santa Maria virgen, con la doctrina de los Apóstoles; y en el tercero con maravilloso ingenio argumenta, que las cinco edades del mundo precedentes á la sexta en que nació el Mesías, no se distinguen por años, sino por los límites predefinidos en las generaciones. Asimismo escribió el libro de contrarios ó contrapuestos, dividido en dos partes, sobre varias antologias del Testamento antiguo y del nuevo. Escribió asimismo la historia de los hechos del rey Wamba en la Galia Narbonense con motivo de la rebelion de Paulo el pérfido: y una esposicion muy erudita sobre el profeta Nahum; cuyas obras se hallan en la edicion magnífica que ha dado á luz con la mas escrupulosa crítica el eminentísimo señor D. Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Igualmente arregló un libro de misas para todo el círculo del año, distribuido en cuatro partes; donde enmendó algunas viciadas por la incuria de los tiempos, y compuso otras de nuevo: y asimismo hizo otras oraciones para todas las festividades acostumbradas en su iglesia, segun el estilo de su singular ingenio.

Tambien compuso un libro de Sentencias de las Décadas de S. Agustin recopiladas breve y sumariamente, con una coleccion de lo mas precioso de los libros de este santo doctor contra Juliano hereje: un libelo de los juicios divinos recopilado de

los sagrados códigos. Un libro de remedios contra la blasfemia: otro de diferentes versos, epitafios y anagramas numerosas: otro de muchas epístolas: con el opúsculo sobre la defensa de la casa de Dios, y los que á ella se refugian: los cuales no existen con notable sentimiento de la nacion, pues en ellos, y con especialidad en sus cartas pudiéramos hallar muchas célebres instrucciones acerca de la disciplina de la Iglesia de España: debiéndose notar que se estiman por obras apócrifas del Santo la crónica de los reyes godos, y ciertos versos que se le atribuyen.

Finalmente, despues de haber gobernado santamente su diócesi cual pastor celosísimo tanto con la pureza de su doctrina, como con la severidad de sus ejemplos por espacio de diez años, un mes y siete dias, murió en el Señor en el de 690, tercero del reinado de Egica, con universal sentimiento de sus súbditos. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, contiguo á los de sus predecesores; bien que se ignora en el dia el sitio determinado donde se oculta tan precioso tesoro, como el de otros muchos santos arzobispos de la imperial ciudad de Toledo.

SAN BEREMUNDO, ABAD DE HIRACHE.

SAN Beremundo, cuyo nombre parece que fué presagio de su eminente santidad, puesto que en realidad de verdad se conservó mundo, ó limpio de toda culpa en el discurso de su vida, nació en el reino de Navarra, bien fuese en Arellano, ó bien en Villa-tuerta, sobre lo que disputan los naturales de los dos pueblos, ambos con el objeto de ennoblecer el suyo con un héroe de tan distinguidos méritos. Criáronle sus padres con santo temor de Dios, y quedándose impresas en el tierno corazon de Beremundo todas las máximas evangélicas, que conspiran á la perfeccion del hombre cristiano, se retiró en lo mas florido de sus años al monasterio de Sta. Maria de Hirache del orden de S. Benito, donde á la sazón era abad un tío suyo llamado Nuño, varon verdaderamente digno de aquel empleo.

Era aquel monasterio uno de los mas célebres de España por su antigüedad, por el fervor con que se guardaba la regla de S. Benito, por la exactitud, por la magnificencia con que en él se celebraba el culto divino, y por la multitud de varones ilustres en ciencia, y en santidad, que produjo aquel religioso claustro. Todos estos respetos movieron á Beremundo á elegirlo entre otros muchos que florecieron en España, y como sus deseos no eran otros que añadir, si pudiese, algun esplendor á aquella casa, lo

consiguió á espensas de su prodigiosa vida. Ningun novicio abrazó con mas fervor la carrera religiosa, ni ninguno le escedió.

En efecto su humildad, su obediencia, su puntual asistencia á los officios divinos, sus vigiliass, sus rigorosos ayunos, y sus asombrosas penitencias eran miradas como prodigios de la divina gracia en un jóven que dentro de breve tiempo hizo conocidas ventajas á los mas ancianos monges, á quienes servia de modelo; pero sobre todo se distinguia singularmente en la caridad para con los pobres, llegando ésta al estremo de serle preciso al abad poner límites á los piadosos escesos de su sobrino: mas el Señor acreditó con portentosas maravillas lo acepto que le era la misericordia de Beremundo. Preguntóle el abad en cierta ocasion que conducia pan para los necesitados, qué era lo que llevaba en el hábito, y respondiéndole el ilustre novicio, que astillas para calentar á un pobre, con alusion á lo que produce el alimento, se convirtió el pan en astillas efectivamente por un prodigio extraordinario, del que fué testigo el superior, queriendo inspeccionarlo.

Murió el abad Nuño con el consuelo de dejar en el monasterio de Hirache á su sobrino Beremundo, bastante á recomendar la enseñanza que le dió por sus virtudes religiosas; y como eran tan conocidas éstas, tuvieron poco que deliberar los monges, para elegirle sucesor del difunto. En vano alegó Beremundo para excusarse su corta edad, los pocos años de religioso, y la falta de esperiencia para el desempeño del empleo, pues como constaba á todos su consumada prudencia, y su grande sabiduria, insistiendo en la eleccion á pesar de su humilde resistencia, fuéle preciso rendirse á la voluntad de Dios bien conocida por aquellos medios. Encargóse del gobierno de aquella ilustre comunidad, y acreditó desde luego el acierto de su eleccion, portándose en la abadia con tal destreza, que sobre los adelantos espirituales que hizo en el monasterio, le aumentó en los bienes temporales considerablemente. El amor con que trataba á sus súbditos, la vigilancia con que atendia á socorrer á todas sus necesidades, la afabilidad, y la cortesania de su porte, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño del corazon de todos los monges; y valiéndose el ilustre abad de la fiel correspondencia á sus órdenes, hizo, mas con su ejemplo que con sus palabras, que en el monasterio brillase el primitivo fervor de la observancia religiosa, y que fuese el objeto de los mas altos elogios.

Quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo con las maravillosas espulsiones que hizo de los espíritus inmundos de varios

cuerpos humanos que tiranizaban; con la gracia especial de curaciones, de la que usó en favor de no pocos enfermos que padecian de varios accidentes; y con la abundancia de lluvias que por su poderosa intercesion fertilizaron la tierra en las mayores esterilidades; pero aunque todas estas prodigiosas maravillas, y otras muchas que obró, recomendaron su mérito, lo que dió á su eminente virtud el mayor realce fué el siguiente portento: ocurrió una escasez general en todo el reino de Navarra, en la que se vieron aquellos naturales en eminente peligro de perecer enteramente de hambre: concurrieron al monasterio de Hirache, que era el refugio de todos los necesitados, cerca de tres mil personas, á implorar la caridad de Beremundo; pero como éste habia ya dado de limosna todos los repuestos que tenia, y no habian venido los criados, que envió fuera de la provincia á comprar alimentos para los necesitados, penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver aquella multitud de gentes, que le pedian que los socorriese por amor de Dios, se postró ante el altar bañado en copiosas lagrimas, y rogó al Señor, que tuviese compasion de tanto pobre por su infinita misericordia. Oyó Dios con agrado la humilde súplica de su siervo, nacida de un corazon cuyo carácter era la misma piedad; y por uno de aquellos maravillosos prodigios de su admirable providencia hizo que bajase del cielo una paloma de extraordinaria blancura, que volando con un aire suave sobre las cabezas de aquel numeroso concurso, se sintieron todos inmediatamente satisfechos, como si hubiesen comido los alimentos mas sustanciosos.

Voló la fama de esta estupenda maravilla por toda aquella region, y deseosas las personas del mas alto carácter de ver y de tratar á un héroe tan portentoso, concurrieron á visitarlo, atraidos del buen olor de su eminente virtud. Quiso distinguirse entre todos D. Sancho Ramirez, rey de Navarra y Aragon; y para dar á Beremundo una prueba nada equívoca de la grande estimacion que le profesaba, hizo por su respeto al monasterio de Hirache cuantiosísimas donaciones de iglesias, de pueblos, y de predios, tantos que apenas se hallaba por aquel tiempo en España otro mas opulento. No paró en esto la liberalidad del religiosísimo príncipe; pues persuadiéndose, no sin grande fundamento, que la santidad del ilustre abad se refundia en sus súbditos, como se dejaba ver por su religiosísima observancia, les concedió el privilegio, de que se diese crédito en juicio á la simple declaracion de cualesquiera monge de Hirache, en todas sus controversias que se suscitasen acerca de los derechos del monasterio.

Todos los honores, y todas las riquezas que así el rey Sancho

como otros muchos grandes del reino concedieron á aquella célebre casa, no fueron capaces de alterar la profunda humildad, ni la pobreza evangélica del insigne prelado, tan pobre, y tan humilde cuando súbdito, que cuando abad. Solo en las limosnas para con los pobres, y en el culto divino quiso ser magnífico, esmerándose, en que los oficios eclesiásticos se celebrasen con toda aquella grandeza, aquella exactitud, aquel orden, y aquel método que exige la soberana Majestad de Dios, á quien se da por ellos el culto. Así lo comprobaron el antifonario, y libro de oraciones de su monasterio, el que conducido á Roma con el misal gótico, cuando la Iglesia de España solicitó la aprobacion apostólica de sus oficios eclesiásticos por algunas mal fundadas sospechas, merecieron aquellos los mas altos elogios del papa Alejandro II, y de todo el sacro colegio; y lo mismo el Manual para la administracion de los Sacramentos.

El móvil de todas las heroicas virtudes de Beremundo fué el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, tal, que puede afirmarse seguramente, que no le escedió alguno de los bienaventurados en el afecto para con el Redentor del mundo. Si fué éste grande, no fué menor el que tuvo siempre á la Santísima Virgen, cuya devocion tierna y fervorosa se hacia sensible en todas sus acciones, y en todos sus movimientos: de ésta resultaba quedarse repetidas veces en dulces éstasis ante una prodigiosísima imagen de la Señora, que dió al monasterio de Hirache el rey Sancho I de Navarra con todo el valle de S. Estéban, en agradecimiento de la victoria que consiguió por el patrocinio de la Reina de los Angeles de una multitud de Moros en el castillo de Monfardin: y aun se dice que le habló muchas veces la piadosa Madre, consolando á su fidelísimo siervo en los trabajos, y en las aflicciones que padeció. De aquí provino el interesarse todo el empeño de Beremundo en la propagacion de las glorias de la Reina del cielo, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza, y con especialidad en los progresos del misterio de su inmaculada Concepcion: debiéndose á su infatigable celo, el que se celebrase poco despues de su muerte este inefable misterio en el monasterio de Hirache, y en todo el reino de Navarra en el dia 8 de diciembre, como hoy lo ejecuta la Iglesia, segun consta por una escritura antigua escrita con caracteres góticos, que se conserva en el archivo de aquella ilustre casa.

Tambien se cree, que en premio de la misma devocion que profesaba Beremundo á la Santísima Virgen, se debió á ella el descubrimiento de la prodigiosa imagen de la Señora, que llaman del Rey, como á unos mil pasos del monasterio de Hirache,

lo que sucedió á virtud de un prodigio extraordinario, que fué el siguiente: vieron unos pastores repetidas veces bajar del cielo un globo de estrellas sobre un cerro, dicho desde entonces en idioma vascuencé Lizarra, lo mismo que monte estrellado, y concurriendo al sitio que indicaba el fenómeno, se halló una peregrina efigie de la Reina de los Angeles con un Niño en los brazos en una lóbrega gruta, sin que el largo tiempo de su ocultacion, ni la humedad del lugar hubiesen podido oscurecer, ni afeár la hermosura de aquella primorosa imagen: lo que movió al rey Sancho Ramirez á fundar cerca de aquel sitio la ciudad de Estella, llamada así de las estrellas dichas que aparecieron en él: confesando aquellos naturales, que semejante ereccion, y considerables aumentos del pueblo se deben á la proteccion de S. Beremundo; por cuyo respeto concedió despues el rey Sancho de Navarra al monasterio de Hirache la parroquia de S. Juan con todos los diezmos, y todas las oblaciones pertenecientes á ella, en virtud de lo cual ejerce en la misma el abad de aquel los oficios de párroco.

Llegó finalmente el tiempo en que quiso Dios premiar los grandes merecimientos de Beremundo, despues que gobernó el monasterio de Hirache por espacio de veinte años, sin dispensarse jamás en lo mas mínimo de la observancia regular, por mas ocupaciones que le ocurrieran. Conoció éste por la debilidad de sus fuerzas nacida del rigor de sus continuos trabajos, y de sus asombrosas penitencias que se acercaba el fin, y aunque toda su vida fué una continua preparacion para la muerte, con todo hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, espiró con una suma tranquilidad en el dia 8 de marzo del año 1192. Depositaron los monges el venerable cuerpo del ilustre abad bajo del altar mayor del mismo monasterio; pero dignándose el Señor hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con los muchos milagros, que obraba cada dia por su poderosa intercesion en favor de los que concurrían á visitarlo, comenzó á venerarse por Santo con aprobacion de los ordinarios. Mantúvose en el primer depósito cuatrocientos noventa y un años hasta el de 1583, en el que con motivo de la milagrosa curacion que consiguió Fr. Antonio Comontes, abad de aquella ilustre casa, de una gravísima enfermedad por la mediacion de S. Beremundo, hizo la traslacion de su cadáver á un lado del altar mayor, escepto la cabeza, y un brazo que reservó en un relicario para consuelo de los fieles. Así permaneció hasta el año 1657, en el que el abad Fr. Pedro Uriz colocó todas las venerables reliquias en la capilla que se construyó en honor

del Santo, donde permanecen en grande veneracion incluidas en una preciosa urna de plata.

La Misa es en honra de S. Juan de Dios, y la oracion de la Misa es la que se sigue:

O Dios, que habiendo abra- por sus merecimientos, que con sado con el fuego de tu amor á el mismo fuego de tu amor se tu siervo el bienaventurado curen nuestros vicios, y que Juan, hiciste que anduviese ile- hallemos siempre en su pode- rosa intercesion remedio para so entre las llamas de un in- todas nuestras dolencias. Por cendio, y quisiste por su me- nuestro Señor Jesucristo, etc. dio enriquecer á tu Iglesia con una nueva familia: concédenos

La Epístola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Dichoso el hombre que fué fué hallado perfecto, tendrá hallado sin mancha, y que no una gloria eterna: pudo violar corrió tras el oro, ni puso su la ley, y no la violó; hacer confianza en el dinero ni en mal, y no lo hizo. Por esto los tesoros. ¿Quién es éste, y sus bienes están seguros en el le alabaremos? Porque hizo Señor, y toda la congregacion cosas maravillosas en su vida. El de los santos publicará sus li- que fué probado en el oro, y mosnas.

REFLEXIONES.

No hay duda que el apego á las riquezas es estorbo á la salvacion. Pues pregunto: ¿es muy ordinario vivir entre la opulencia, y vivir sin este apego? Insinúase el vicio hasta en lo mas escondido del desierto; enciéndense las pasiones aun entre la ceniza de la penitencia, ¿y he de creer yo que el vicio ha de respetar la region de los placeres, y que las pasiones se han de apagar entre tantos objetos que las fomentan y las escitan?

Un estado donde todo contribuye á lisonjear los sentidos y á fomentar las pasiones, conduce poco para fomentar la piedad. La humildad, basa de la perfeccion cristiana, se encuentra raras veces en medió de esa famosa opulencia. Una vida deliciosa, adulada, respetada, rarísima vez fué vida inocente. No solo son espinas las riquezas, segun la espresion del mismo Jesucristo, sino que frecuentísimamente son veneno, son ponzoña.

¿Y qué se ha de inferir de todas estas verdades, sino que los

ricos, los que se ven en alta, y opulenta fortuna, deben ser los mas religiosos observadores de la ley; deben reputar por frívolos, por nulos todos esos privilegios de la delicadeza que ha inventado el amor propio, y guardarse de todas esas inobservancias, que el mundo relajado y disoluto llama impropriamente dispensaciones; que teniendo mayor número de enemigos que combatir, deben velar y orar mas que los otros, macerando su carne con la mortificacion para quitar la fuerza á las tentaciones que nacen de su mismo estado?

¡Cosa estraña! los que disfrutan mayores conveniencias en el mundo, son precisamente por lo comun los que no tienen fuerzas ni salud para guardar los mandamientos de la santa madre Iglesia. Pocos ricos hay, pocas damas delicadas a quienes (si se ha de creer lo que dicen) no haga daño la comida de pescado, y cuya salud no se incomode, no se altere con el ayuno. No es porque les falte en la mesa la delicadeza y el regalo, sino porque su salud es siempre flaca y siempre delicada; y aun se puede añadir, que en siendo salud rica, siempre es tambien preciosa.

Parece que los achaques crecen con las rentas. Aquel que en una mediana fortuna observará las mas severas leyes de la Iglesia sin sentir incomodidad, pasando despues á ser un gran señor, juzgará no tener fuerzas para observar las mas suaves. Las dispensas apenas son mas que para la gente rica. ¿Pero las autorizará el Señor cuando sean examinadas en su tribunal?

Por el contrario, la abstinencia y el ayuno, tan ordinarios á los primeros cristianos, y tan necesarios á los primeros fieles, parece que solo hablan con los pobres. El nombre solo de cuaresma, de penitencia, de mortificacion altera á los grandes, á los poderosos del siglo. ¿Pero no me dirán qué significan aquellos oráculos de Jesucristo tantas veces repetidos en el Evangelio: *El que cada dia no toma su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo: Si no hiciereis penitencia, todos igualmente perecereis?* Diganme, ¿en qué lugar de la Escritura están dispensados los nobles y los poderosos de esta regla universal?

El Evangelio es del cap. 22 de S. Mateo.

En aquel tiempo se llegaron de la ley? Díjole Jesus: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máximo y primer manda-

miento. Despues el segundo es semejante á este : Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley, y los profetas. Habiéndose, pues, congregado los fariseos, les preguntó Jesus, diciendo : ¿Qué os parece de Cristo? ¿de quién es hijo? Respondiéronle : De David. El les dijo : ¿Pues como David en espíritu le llama Señor, diciendo : El Señor dijo á mi Señor : Siéntate á mi diestra hasta tanto que ponga á tus enemigos por escabel de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿como es hijo suyo? Y ninguno podia responderle palabra : ni se atrevió nadie desde aquel dia á hacerle mas preguntas.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

PUNTO PRIMERO. — Considera, que en aquel postrero juicio en que se ha de examinar con el mayor rigor lo malo y lo bueno que hubiéremos hecho, en aquel juicio sin apelacion, donde se ha de decidir de nuestra eterna suerte, el instrumento mejor para ganar nuestro pleito han de ser las obras de misericordia. *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está aparejado desde la creacion del mundo, dirá el soberano Juez; porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y me hospedasteis: estaba desnudo, y me vestisteis: estaba enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y me fuisteis á consolar.* Responderán los justos : Señor, ¿cuando hicimos esas cosas? ¿cuando tuvisteis hambre, y os dimos de comer? ¿cuando tuvisteis sed, y os dimos de beber? ¿cuando estuvisteis sin tener donde recogeros, y os hospedamos? ¿cuando estuvisteis desnudo, y os vestimos? ¿cuando estuvisteis enfermo, y os visitamos? ¿cuando estuvisteis en la cárcel, y fuimos á consolaros? Replicará el Salvador : *Cualquiera de estas cosas que hicisteis con el mas mínimo de mis hermanos, conmigo mismo la hicisteis.*

Comprónos Cristo el cielo á costa de su sangre; y con todo eso no nos pide mas para ponernos en posesion de esta herencia. El infinito amor que nos tuvo fué el que le movió á hacer tanto por nuestra salvacion, y por eso quiere que el amor á nuestros hermanos nos haga merecer la corona. ¿Puede pedirnos menos para hacernos eternamente dichosos? Y costando tan poco el salvarse, ¿podrá tener excusa el que se condena?

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que no podia el Salvador pedirnos cosa que fuese mas puesta en razon, ni mas fácil. No dice: *venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado, porque pasasteis la vida en elevadísima contemplacion, ó en un oscuro retiro; porque despedazasteis vuestro cuerpo con rigorosas penitencias, porque le estenuasteis con perpetuos ayunos, porque el ardor de vuestro celo os hizo correr y penetrar hasta los paises mas remotos, hasta las mas bárbaras naciones. Ninguna cosa es mas loable, ninguna mas santa, ninguna mas meritoria del cielo, es verdad; pero este divino Salvador no impone por condicion precisa para conseguirle esa eminente virtud, esos penosos trabajos, ese extraordinario valor; porque sabe bien que no todos podrian fácilmente hacer tan grandes méritos. Habiendo derramado su sangre para que todos se salvaran, quiso que ninguno pudiese alegar excusa racional para no hacer lo que es necesario para salvarse. Si no tienes espíritu ni salud para hacer rigorosas penitencias; si por ser tan imperfecto no mereces el don de una elevada contemplacion; ¿por donde te podrás excusar de compadecerte de los trabajos del prójimo; y de dar una limosna á los pobres? Bien está que tu estado no te permita ir á llevar la luz del Evangelio al pais de los infieles; ¿pero quién te quita visitar á los pobres del hospital, y consolar á los que están en la cárcel? Si no puedes socorrer á unos ni á otros con tus limosnas, ¿por donde no podrás alentarlos con tus palabras? ¡Qué desesperacion será la tuya en aquel último momento decisivo de la eternidad, por haber despreciado unos medios tan fáciles para salvarte! ¡Qué confusion causará á los cristianos cobardes la inmensa caridad de S. Juan de Dios, viendo que ellos no hicieron caso de las obras de misericordia!*

No permitais, Señor, que estas reflexiones tan saludables aumenten en aquel dia critico el motivo de mi arrepentimiento; y si hasta aquí he sido tan desgraciado que no he sabido aprovecharme de ellas, haced, divino Salvador mio, que esta meditacion repare mis faltas pasadas.

JACULATORIAS. — No consista en palabras, sino en obras el amor al prójimo; porque obras son amores, y no buenas razones. (1. *Joan.* 3.)

¿Como puede estar enfermo un hermano mio, sin que yo lo esté tambien por compasion? (2. *Cor.* 11.)

PROPOSITOS.

1 No es menester mas motivo para inclinar á todos los fieles al ejercicio de las obras de misericordia, que el mismo objeto de ellas. Cuando visitas á ese enfermo, á ese hombre infeliz en el hospital, ó en la cárcel, no pretende la religion que precisamente le mires á él como objeto de tu visita; quiere te hagas cargo de que visitas al mismo Jesucristo en la persona de ese encarcelado, de ese enfermo; que el mismo Jesucristo es á quien consuelas entre las cadenas y los grillos; el mismo Jesucristo á quien llevas esa taza de caldo; el mismo Jesucristo á quien das esa limosna: *Mihi fecistis*. El mismo Jesucristo es quien nos lo asegura así. ¡Es posible que se crea esta verdad, y que haya cristianos que no visiten todos los dias las cárceles y los hospitales!

2 Resuelve en este mismo dia, que no se pase semana alguna sin que hagas una visita por lo menos á los pobres del hospital; y cuando vayas á ella, persuádetete, y dite á tí mismo: voy á visitar al mismo Jesucristo. En algunas partes se llama el hospital la *casa de Dios*; porque quiere Cristo se entienda que vive allí en la persona de los pobres. Hácese vanidad, y se reputa por honra muy especial esto de tener entrada en palacio: ninguno hay que no la pueda lograr á todas horas en el palacio de Jesucristo, viéndole y hablándole siempre que quiera en su hospital. Esta sola consideracion debiera animar la caridad de los fieles para con los pobres enfermos.

Oracion para el quinto dia de la novena.

Grande Apóstol de tantos pueblos, cuyo celo parecia mas vasto que todo el universo, y cuya caridad se estendió á tantas naciones: glorioso S. Francisco Javier, que solamente respirabais la salvacion de las almas, compadeceos de las miserias de la mia. Alcanzadme aquella caridad cristiana, sin la cual no puedo ser discípulo de Cristo, y con ella la gracia que os pido en esta novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios, y bien de mi alma. Amen.